



Maria Barbal

En el lago



DESTINO

En
el lago

Maria
Barbal

Traducción de Manuel Pérez Subirana

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1582

Título original: *Al llac*

© María Barbal, 2022

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© por la traducción del catalán, Manuel Pérez Subirana, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

LLL institut
ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-233-6185-4

Depósito legal: B. 11.074-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

Recordar aquel verano es como volver la vista al paraíso antes de pasar una puerta que lo dejará atrás para siempre.

La escena es de una claridad extraordinaria, hasta las sombras solo parecen existir para realzarla. Están los chopos, están los dos hombres mamullando una discusión, está la viejecita con los ojos cerrados, que parece dormida, y aquel niño incor-diando como siempre. Yo me deslizo en el agua, alejándome unos metros de la orilla y de Quim, que se esfuerza por mantenerse sobre el neumático: después dirá mi nombre y yo pensaré allá te las apañes. Si de pronto aparecen Lúdia y Marieta, con dos brazadas llego donde el lago no cubre, y me ahorro la bronca por haberme apartado de la orilla. Justo entonces noto el balanceo del agua, me doy la vuelta y Quim ha desaparecido.

Al fin y al cabo, aquel era un tren comarcal, y cuando Lidia se subía a él solo le quedaban una docena de kilómetros para completar su recorrido. Tiempo atrás había existido el proyecto de que la vía llegara hasta Francia, para lo cual habría sido necesario construir túneles y más túneles o hacer practicables las magníficas pendientes a las que las montañas obligan, pero la idea había fracasado. A pesar de ello, cuando Lidia oía el sonido de aquella máquina oscura y veía cómo los vagones, con su humo blanco por bandera, se aproximaban a la estación del pueblo, sentía tal alegría que parecía que el corazón le fuese a estallar y tenía ganas de ponerse a saltar como Nora con sus doce años.

Cuando aún era temprano, se había levantado a toda prisa para ver si el cielo estaba sereno. Después, contenta y perezosa, había vuelto a la cama pensando que, tras el desayuno, llamaría a la madre de Nora, la prima de su marido, para que la niña estuviese a punto a las diez y media.

—Iremos al lago.

Aquellas palabras mágicas lograban que el domingo se le presentase atractivo y que no hiciese caso de las bromas de Toni burlándose de que todavía no había podido olvidar la Barce-

loneta. ¡Pues claro que no! No sabía cuánto podía ella recordar esa playa, pero a esas alturas ya conocía un poco a su marido y prefería guardarse el comentario. Se veía a sí misma tiempo atrás, con su hermana, su hermano, su padre y su madre, los cinco con sus bocadillos, sus bañadores y sus toallas, bromeando, y después la arena y el agua, el sabor a sal en los labios. El mar, con aquel vaivén interminable, aquel movimiento sin descanso, el sonido de las olas gemelas, una después de la otra. Todo aquello que obraba el milagro de traerle calma... ¿Cómo había podido irse a vivir a la montaña? Toni había sido el motivo. Se habían enamorado y ahora vivían en Tremp, que le gustaba muchísimo, pero añoraba un poco el Poble-sec, el Paral·lel, pasar por delante de El Molino o del Arnau, el mercado de Sant Antoni, los cines, a los suyos, ¡la vida de soltera! Se lo quedaba para sí.

Nora y ella ya habían subido al tren, y los Solar, que habían entrado en la estación anterior, agitaban las manos desde el compartimento. El dependiente de la tienda, el señor Joaquim; su madre, Milagros; su mujer, Marieta, y su hijo de siete años, Quim. Los cuatro habían recibido con saludos y de forma simpática a la señora Lí-

dia. El dependiente se había levantado para que pudiera sentarse en el sentido de la marcha, al lado de su madre, que le había cedido el asiento junto a la ventana.

—Pero... no hace falta, de verdad —había protestado en vano Lída.

Nora estaba al lado del dependiente, de espaldas a la cabecera del tren. Quim enseguida se había sentado en el regazo de Lída, y ella no había tenido más remedio que aceptarlo; había acariciado aquellos cabellos lisos, tan negros como los ojos, y el niño había agarrado las manos de ella, de dedos largos y uñas pintadas de un rosa fuerte, que él había mirado como si fuesen seres con vida propia separados del resto del cuerpo y, al mismo tiempo, mágicos. Después, Lída había comenzado a rascarle suavemente desde debajo de las orejas hacia el cuello, y el niño se había echado a reír porque le hacía cosquillas. Mientras, Lída había sonreído a Nora. Cuando la niña era como Quim, también se sentaba en su regazo y ella le rasca la nuca, provocando sus carcajadas. A Lída le parecía que no habían pasado tantos años desde entonces. Ahora Nora era casi una muchacha, y bastante sensata. Pensaba que ya no era tiempo de sentir celos.

Habían pasado el rato intentando adivinar lo fría que estaría el agua, contando las horas transcurridas desde el desayuno, pensando que sería antipática la gente que tal vez encontrarían ocupando el lugar que más les gustaba, calibrando el calor. Marieta estaba gorda, y resoplaba a menudo mientras se abanicaba con un paipay de papel translúcido. El señor Joaquim concluyó de forma taxativa que sería un día fantástico y miró a Lúdia —a quien hablaba de usted— de una manera que llamó la atención de Nora. Justo en ese momento, como si se hubiera dado cuenta, él le preguntó a la niña cómo habían ido las notas, y ella, que llevaba el cabello, rojizo y ondulado, recogido con una goma marrón en una cola de caballo, había respondido enseguida con una sola sílaba.

—Bien.

Y, resbalando como una gota aislada, la palabra había resonado dentro del vaso de la conversación de manera muy breve, tajante, ¿ridícula? Los mayores se habían reído y Nora se había puesto roja. ¿Cómo se suponía que debía responder para que no se rieran? Lúdia puntualizó que mejor que bien; el padre de la niña le había dicho que había sacado todo notables y

un sobresaliente en Dibujo. Marieta dejó de abanicarse y preguntó con gesto de incredulidad:

—¿Te gusta dibujar?

Nora pensó que si respondía que sí se echarían a reír otra vez. Dijo que le gustaba mucho y que, como su padre sabía dibujar muy bien, le daba consejos. Los cuatro adultos, como una sola persona, sonrieron, y ella se sintió un poco mejor. Entretanto, Lidia ya podía ver el lago, los alegres chopos alzando el oscilante verde de sus hojas y el agua. En la parte honda se tornaba bajo la luz de un tono esmeralda que iría dorándose cada vez más. El tren avanzaba deprisa en aquel tramo recto, y como el niño no dejaba de moverse sobre sus piernas, ella le tocó la barbilla y señaló hacia la ventana para ver si se quedaba quieto.

Entonces Marieta había vuelto a hablar:

—Esta bata le queda muy bien. ¿Se la ha cosido usted misma?

Al igual que su marido, ella tampoco la tuteaba. Lidia había asentido con la cabeza y había sonreído un instante a la señora del dependiente, pero había vuelto a girarse hacia la ventana, hacia su cielo de domingo de verano.

Después del frenazo y del estruendo del herraje, y tras bajar por las altas escaleras del vagón, con el señor Joaquim levantando los brazos para ayudar a las mujeres y al niño, el andén resultaba estrecho. Todos los que iban a pasar el día al lago querían encontrar el lugar ideal junto a la orilla y, antes de empezar a caminar, se colgaban bien los cestos y las bolsas de lona, y agarraban con un solo brazo, como si se tratase de pulseras gigantes, los neumáticos de coche que servirían de flotadores. Así lo hizo Marieta. Mientras, los que llevaban gorras se las ajustaban para que no saliesen volando. Lidia, aprovechando que Quim iba a hombros de su padre, había agarrado a Nora de la mano; tenían que atravesar la vía, pero antes pasarían por debajo del triple arco central de la salida de la estación. Y, como siempre, deberían escoger entre los distintos caminos que llevaban al lago.

Le gustaba el tercero, hacia el lado derecho. Era porque llevaba a un corrillo de chopos jóvenes con las ramas frágiles, cerca del cual había un tronco viejo y amplio donde podías sentarte, pero a menudo ese lugar ya estaba ocupado. Al lado de Nora iba Marieta resoplando, pues iba vestida con una bata de rayas

que le apretaba en las sisas y abotonada desde el escote hasta por debajo de las rodillas. Un par de botones parecían a punto de saltar y abandonar su cometido. El niño dijo que quería ir con la señora Lída mientras estiraba un brazo hacia ella, y su padre, muy serio, le dijo que no. Lída apretó sutilmente la mano de Nora y le dijo:

—¡Es pequeño!

—No creo que pueda aprender a nadar.

—No lo sé, tú no tienes tantos años como yo y lo haces mejor.

—Pero fuiste tú la que me enseñaste a nadar sujetándome... ¡Me gustaba tanto cuando aún veníamos solo con mis padres!

Lída soltó una carcajada y Nora se fijó en cómo brillaban sus grandes ojos de color tostado, parecido al de la canela, y en cómo se le estiraban los labios para dejar entrever unos dientes regulares y blanquísimos, y ella misma sonrió porque, al fin, había dicho una cosa que pensaba y la persona que ella habría querido que fuese su madre la había captado.